

SEMBLANZA LITERARIA DE MOSÉ IBN 'EZRA *

GRACIAS a los laboriosos esfuerzos realizados hace un siglo por meritisimos, aunque exiguos, grupos de arabistas y hebraístas de distintos sectores en varios países, entre los que España ocupa prestigioso lugar, se han ido descorriendo paulatinamente los tupidos cendales que con el ominoso estigma de incultura, atraso y hasta barbarie se venía denigrando, desde el sapientísimo Renacimiento, hace más de cuatro siglos, al mundo del arabismo y el hebraísmo medieval. En realidad la ignorancia estaba en este caso —¿seguirá tal vez estando?— de parte de los indocumentados detractores. Podríamos aducir cuantiosos testimonios, entre los que se salvan —*rari nantes in gurgite vasto*— algunos ilustres y clarividentes orientalistas. Por otra parte, nuestro admirativo y entrañable amor a la cultura grecorromana, objeto de no pocas y deleitables vigiliass, creemos nos pone a cubierto de cualquier nota de parcialidad. Todavía queda una labor inmensa por realizar en el noble empeño de revelar y revalorizar esas dos civilizaciones, en parte paralelas y concordes, pero también claramente distintas, con sus propios resplandores cada una, que alcanzaron bajo el cielo español tan espléndida epifanía, no superada ni entonces ni después en ningún otro país por los árabes ni por los judíos. Fué una verdadera edad de oro, a cuya eclosión contribuyeron múltiples

* Conferencia pronunciada en la Universidad de Granada, en el VIII Curso para Extranjeros (1955), el 1-III-55.

factores, pero que entra de lleno y con justos títulos en las glorias hispanas.

El panorama es sobre manera vasto y seductor. Situémonos en el ámbito hebraicoespañol y precisamente sobre esta excelsa atalaya de la arábesca Granada, llamada por los historiadores árabes *Garnata al-yahud*, Granada, la ciudad de los judíos. Centremos nuestra atención en un solo personaje, dignísimo representante de esa cultura arábigo-hebraica de la España medieval, el granadino *Mosé ibn 'Ezra*, aureolado con los preclaros títulos de poeta eximio, sabio y erudito preceptista en Retórica y Poética, crítico sesudo y magnánimo, eruditísimo literato, competente poliglota, y, lo que es aun más meritorio en aquellos tiempos, hasta lingüista, no despreciable filósofo y documentado historiador.

Su *vida*, sugestivamente humana —el placer y el dolor, rosas y espinas, van tejiendo la urdimbre del vivir terrenal— se nos muestra feliz y placentera en los años juveniles, malhadada, trabajosa y triste en la madurez y ancianidad. Es hijo de una familia acaudalada y linajuda, de rango señorial, con intervención, a pesar de su estirpe judaica, en la máquina administrativa del reino zirí, desde los cercanos tiempos del glorioso visir de su misma raza, Semuel ibn Nagrella, que tanto encumbró a la taifa granadina. El joven Ibn 'Ezra vese rodeado de un ambiente familiar y social de refinada cultura, y va adquiriendo desde su florida adolescencia sólida formación literaria y científica en las dos ramas arábigo y hebraica, con finas incrustaciones helénicas y amplias perspectivas universales, que realzarán las felices disposiciones de su ingenio y numen poético.

Ha tenido excelentes maestros en su casa, en su ciudad natal, la culta y floreciente Granada, y, ansioso de saber, ha aireado su espíritu y acrecentado grandemente el caudal de su cultura en la famosísima Lucena, al lado de prestigiosos maestros de aquella rica aljama. Ha depurado su sensibilidad artística e intervenido con gloria, présaga de felices lauros, en las justas y torneos literarios a la sazón tan en boga en los altos centros del saber y las letras tanto árabes como hebraicos.

La vida le sonríe y canta *con miglor plettro* que ninguno otro el divino tesoro de la juventud, las delicias del amor, la hermosura y las gracias femeninas, el encanto de la amistad, el vino y los banquetes, los jardines en flor, el murmullo de las fuentes, el trinar de las aves, la agrídulce emoción de una despedida, la amangura de la separación. Todo eso y más canta en un poema singular de ardua factura, a prueba de ingenio y dominio lingüístico, *El Libro del Collar*, todo él en rimas homónimas, rebo-

sante de primores, nítido como las perlas, diáfano como las aguas cristalinas de florido pensil.

Admiremos esos reflejos en esta perla del *Libro del Collar*:

Una linda mujer, una copa de vino, un jardín encantado,
El trinar de las aves, del regato el murmurio,
Son bálsamo del que ama, canción del vagabundo, solaz del
Son tesoro del mísero, de la salud augurio. [angustiado]

E igualmente esta deliciosa anacreóntina de su Diván:

Quiero que me engalane un vestido de amor,
De racimos la sangre mi delicia será,
De la copa los labios calmarán mis pesares,
De mi amado el regazo mi frente acogerá,
Sentirán nuestras almas en acordado son.
No me ocultes tus secretos, no te alejes de mi lado,
Gusta el panal de mi boca, la miel de mi corazón.

El joven trovador, pues tal parece en estas trovas el futuro poeta penitencial, es un carácter atractivo y simpático, tiene un *alma* vibrante de poeta, y por lo tanto un corazón de fuego, fantasía creadora, gusto refinado y alteza de sentimientos; pero tiene además y sobre todo, en aquel entonces, el inestimable tesoro de la juventud, realizado por los alicientes de la riqueza y el bienestar. Sabe poetizar todos los temas de la inspiración profana, y tiene asimismo un hondo sedimento religioso, que pone límites a las audacias del pensamiento, refrena las procacidades del lenguaje y embriada los arrebatos de la pasión. Esa religiosidad, un tanto soterrada en los años mozos, aflorará en el declive de su edad madura, vivificada por las tribulaciones, le hará arrepentirse sinceramente de sus *delicta inventutis* y hará de un poeta horaciano el cantor penitencial por excelencia de la Sinagoga.

Encierra una gran *bondad* natural; por eso niega su musa a los dicterios de la poesía satírica o burlesca, y mantiene a raya sus pasiones irascibles, lo cual le constituye en honrosa excepción dentro del *genus irritabile vatum*, a diferencia del gigante de la poesía hebraicoespañola, Ibn Gabirol, tan admirado de nuestro Ibn 'Ezra. Ambas cualidades le apartan asimismo de las virulentas diatribas a la sazón en uso entre poetas y escritores. En diversos pasajes de su libro de *Poética* afirmará paladina-

mente que aborrece dicho género poético, tan cultivado, por otra parte, por famosísimos ingenios de la literatura universal.

Dotes tan excelentes, su índole jovial y expansiva, su holgada posición económica, su generosidad y esplendidez, hacían de nuestro poeta un magnífico camarada y le granjearon numerosos *amigos*, en tanto que su vasta cultura arábigo-hebraica, su exquisito gusto y su inagotable vena poética le constituían en maestro de poetas, y su alto valimiento en mecenazas de escritores. Tuvo, pues, muchos amigos, “porque puso su gloria en buscarlos”, como él dice, y aun es de suponer se le brindaran a porfía. Gran poeta y profundo conocedor del corazón humano fué el que dijo

Donec eris felix multos numerabis amicos,

y lo mismo que él nuestro Ibn ‘Ezra comprobó que en el tiempo de la desgracia emprenden la desbandada :

Tempora si fuerint nubila, solus eris.

Con todo, su espíritu noble y elevado le impulsaba a rodearse de los más selectos. Mención de honor entre todos merece Yehudá ha-Leví, el cual aceptando la fina invitación de Ibn ‘Ezra, poco antes de la ocupación de Granada por los almorávides, pasó una temporada en su grata compañía, beneficiándose de su exquisito gusto artístico y gran erudición. La gratitud y amistad del eximio cantor de las Siónidas jamás se empañó: también él era un espíritu noble y delicado; y al morir nuestro poeta dedicóle Hæ-Leví una sentida elegía, en la cual deplora las desgracias sobrevenidas a la ilustre familia de los Ibn ‘Ezra.

Difícil es que nadie se vea totalmente libre de *enemigos*, a pesar de su alteza de miras y rectitud, y así nos dice Ibn ‘Ezra: “A veces me encuentro también con enemigos, pues no es posible que los hombres convengan en todo unos con otros. Dios mismo no se libra de la maledicencia”. Véase con qué magnanimidad los disculpa; y es en verdad sorprendente que un poeta que vivió casi siempre entre poetas, en quienes, según afirmó uno de ellos, Víctor Hugo, —y lo mismo cabría afirmar de los artistas en general— de diez partes las nueve son vanidad, pudiera decir: “Por gracia de Dios, nadie envidió mi gloria, ni yo envidio la de nadie”. Notorio es que la envidia y su atrabiliaria cohorte van siempre tras el carro de la vanidad.

Nuestro noble y egregio poeta tiene “un corazón a la ruindad ajeno”,

ý por eso le repugna el rastrero servilismo de los poetas mendicantes, al par que le indigna también la mezquindad de los pseudo-mecenas. "Para lograr un nombre famoso —dice— los ricos habrían de ser generosos con los poetas. Pero el poeta busque ante todo el ser poeta, no la generosidad del rico; no sea comerciante de versos. Es signo de tiempos desastrados el comerciar con la poesía". Por esta razón lo que más angustiará su noble corazón en los días de la desgracia y el destierro será pulsar forzosamente alguna vez las cuerdas del panegírico en su gloriosa lira.

* * *

Todo lo que en el arte, las letras y la filosofía no lleve la *impronta griega* o de alguna manera no hayan besado los rayos amorosos de la cultura helénica suele parecer a los occidentales que es de mérito inferior o deficiente. Demos de lado, por un momento, a la refutación de este craso error y de tan menguado criterio. Pero aun suponiendo que fuera verdad, y rindiéndonos por un momento a esa soberana hegemonía de la bella Héada, debemos constatar la amplia cultura griega de nuestro Mosé ibn 'Ezra. Para nadie es un secreto que los árabes dieron a conocer primeramente a las naciones cristianas del Medievo los tesoros de la filosofía y la ciencia griegas varios siglos antes de que alborease el Renacimiento clásico.

El maestro de Ibn 'Ezra en la Academia de Lucena, Ishaq ibn Gayyât, peritísimo en el saber bíblico y talmúdico, piélago del saber, en frase de su discípulo, conocía la lengua y los escritores griegos, y supo formarle e informarle, sin mengua de su amor a la cultura arábiga y hebreaica, en las sólidas y luminosas directrices del pensamiento griego. El historiador judío medieval Abraham ben David, en su *Libro de la Tradición*, llama a nuestro autor "gran maestro en la Ley y en la ciencia griega". La lucidez de su mente quizá deba algo y aun mucho a ese estrato helénico, y de sus obras en prosa fluyen largamente las mieles áticas, profusión de citas, sentencias y ejemplos de los escritores griegos, y el hálito sutil y encantador de aquella patria incomparable de la filosofía y de las artes.

No es seguro, sin embargo, que nuestro poeta conociera directamente, o al menos dominara, la *lengua griega*. Con todo, el entusiasmo con que pregona sus excelencias, aunque sea aduciendo testimonios ajenos, uno de Galeno y otro de Al-Rāzī, la influencia de su citado maestro, el ansia de saber que acuciaba a tan destacado discípulo, y la cultura griega que resplandece en sus escritos, aparte de su interés general por los estu-

díos lingüísticos, parecen indicar que poseía algo más que una noticia superficial o esporádica. El, tan amante de su lengua nativa el árabe y de la lengua santa, de sus mayores, no teme estampar las siguientes palabras:

“El sabio Galeno asegura que la lengua griega es la más dulce y elocuente, la más apropiada para el habla humana y la más adecuada para los filósofos. Las lenguas de los demás pueblos se parecen a los gruñidos de los cerdos y al croar de las ranas. Se resienten todas ellas de gran pesadez y dificultad en la expresión. Al-Rāzī sigue a Galeno en este respecto y expone sus ideas al fin de un libro suyo.”

Semejantes elogios tributa a la *ciencia griega*, que, si no en los textos originales, conoció sin duda a través de las traducciones árabes que ya circulaban desde los siglos VIII y IX.

“Este pueblo —dice— se ocupó de modo prodigioso en todas las ramas del saber, y en la filosofía, e investigó las teorías científicas... Produjo muchas obras de ciencia y de filosofía, hasta el punto de que la palabra Filosofía viene a ser sinónimo de ciencia griega.”

De un pasaje de su *Poética* se deduce conocía la *lengua latina*, y no faltan modernos investigadores de su vida y su obra que lo afirman taxativamente. Hasta es posible estudiara algunos comentarios cristianos sobre la Biblia. También podría espigarse, con ojo atento, en sus escritos alguna referencia o pensamientos tomados de autores latinos, singularmente de los preceptistas, tales como Horacio y Quintiliano; en todo caso sería altamente instructivo un cotejo entre las doctrinas y enseñanzas de estos y otros maestros y las del preceptista hebreo. A veces son coincidencias, ante las cuales es lícito por lo menos señalar una posible influencia consciente o inconsciente; por ejemplo, cuando recomienda la claridad y la sencillez fraseológica diciendo: “Huye de la oscuridad y tente lejos de las frases huecas”. Quién no recuerda el precepto horaciano:

*Non fumum ex fulgore, sed ex fumo dare lucem
cogitat.* (Ep. ad Pis. v. 143-144).

(No de luz humo,
Sino del humo resplandores saca).

Y este otro:

Proicit ampullas et sesquipedalia verba (Ibid. v. 96).

(Sin ampulosidad ni voces huecas).

Del todo grecorromano y clásico es el concepto de que el escritor ha de ser hombre de bien; como igualmente que el poeta, *vates*, tiene algo de ser sobrenatural —“*quid divinum*”, “*est deus in nobis*”—, y por eso no duda Ibn ‘Ezra en llamarle *nabí*, “profeta”, apoyándose, quizá algo artificiosamente en el mismo texto bíblico.

Mas por grande que sea su admiración hacia la lengua y la cultura griega y las influencias clásicas que en su pensamiento puedan advertirse, no siente el menor desvío respecto a la civilización *árabe*, de la cual es heredero, como tampoco del *hebraísmo*, en toda su complejidad, del cual es hijo, antes bien encuentra manera de compaginar esos tres mundos tan distintos, que en él vemos fusionados formando armonoso conjunto. También aquí se pone de manifiesto el alma generosa y acogedora de Ibn ‘Ezra, opuesta a cualquier clase de exclusivismos; lo mismo en las personas que en las ideas y las cosas siempre tiende a lo bueno, a todo lo excelente, venga de donde viniere.

Proclama paladinamente la superioridad de los *árabes en la esfera poética*, afirmando, con evidente exageración, fruto de su entusiasmo y de la opinión de los mismos escritores árabes, que “la poesía es natural a los árabes y artificial entre los otros pueblos” (Cuestión III de la *Poética*), y defiende su tesis con varias y peregrinas razones.

Pero aunque ha prodigado férvidas y sinceras alabanzas al griego y al árabe, aún le quedan ardorosos encomios para la *lengua bíblica*, de ancestrales resonancias en su corazón de hebreo y de poeta. Reconoce honradamente que el idioma hebreo de su época no puede competir con el árabe en primera línea, pues “por haber dejado de emplearse ha desaparecido de él su hermosura y es tenido en menos por su sobriedad y escaso vocabulario”. “No en todo podemos imitar la literatura árabe”, dice en otro lugar. Sin embargo, a modo de colofón en su exposición de las figuras retóricas, cuajada de ejemplos escriturísticos, agrega: “Aunque en nuestros Libros sagrados faltan algunas de las reglas de los poetas árabes, no obstante allí encontramos indicaciones suficientes, que reflejan la mayoría de las mismas”.

Ibn ‘Ezra, al igual que Ibn Gabirol y Yehudá ha-Leví, se lamentan del abandono en que yace la lengua de sus mayores, causa principal de

que no ostente la elasticidad, riqueza y galanuras de la lengua árabe —la lengua se hace y se perfecciona con el uso—; pero ellos mismos, que por esa razón prefieren escribir en árabe sus obras en prosa, acrecentaron con sus maravillosas creaciones las posibilidades y abillantaron los primores del viejo idioma bíblico, que después enriquecería y moldearía hábilmente la pléyade gloriosa de traductores arábigo-hebraicos, a partir del granadino Ibn Tibbón.

El *corazón* de todo poeta digno de este nombre es un arpa que vibra a todos los vientos, cristal luminoso que refleja todos los estados de ánimo, serenos y apacibles, agitados y turbulentos, alegres o tristes. Singularmente el poeta lírico —y tal fué Ibn 'Ezra en grado sumo— es una voz armoniosa que canta y cuenta su vida al son de las melodías de su lira. La juventud y la belleza, dulces alicentes del amor sensual, son efímeras y pronto se marchitan, como la flor del campo, sobre todo cuando sopla sobre ella el espíritu del Señor. Las tribulaciones y las penas agostaron el alma de nuestro poeta, y al recordar sus poesías amorosas de antaño, siente arrepentimiento y pide perdón a Dios. Prueba de que su contrición es sincera y profunda, no una veleidad momentánea, es la nueva trayectoria de su musa, que en la segunda época de su vida se torna más y más religiosa y austeramente penitencial.

El *sentimiento religioso*, sobre todo en un pueblo como el hebreo, tiene honda raigambre, y por lo tanto la poesía religiosa suscita un interés infinitamente mayor en el alma atormentada de Israel que aquella otra que canta, aunque lo haga con gracia e ingenio, los fugaces devaneos del amor y la alegría epicúrea del vivir. Por eso las poesías sagradas de nuestro vate, copiosas y henchidas de sincero sentimiento, son las que le exaltaron a mayor altura. En las penitenciales (*selihot*) de variados matices y múltiple estructura, es donde alcanza mayor perfección que cualquier otro poeta religioso. La Sinagoga incluyó muchas de ellas en los rituales litúrgicos, sobre todo en el sefardí. Aun entre sus poesías no estrictamente sagradas figuran no pocas de acendrado sentimiento religioso; entre ellas hay una, digna de particular mención, por ser una imitación —inferior al modelo, como los intentos de otros poetas, a pesar de sus bellezas de fondo y forma— del grandioso poema filosófico-religioso de Selomó ibn Gabirol, la *Corona real*.

Meditemos esta estrofa de un himno en tercetos, con estribillo, para el *Yom Kippur*, “Día del perdón”, llena de profunda humildad, despego del mundo y espíritu de oración, que refleja perfectamente el alma contrita del poeta.

Álma pura, aherrojada del cuerpo en la prisión,
Piensa que este mundo es pasajera mansión,
Despierta en la temprana vigilia a la oración,
“Levántate y de noche salmodia al Creador”:

En las obras de Ibn ‘Ezra campea un dominio del *léxico hebreo* y un conocimiento del *texto bíblico*, como el de los mejores exégetas judaicos, verdaderamente asombroso, patente éste último sobre todo en sus poesías religiosas. No solamente inserta versículos enteros o frases bíblicas como estribillo en sus composiciones, sino que con frecuencia éstas aparecen esmaltadas de pensamientos netamente bíblicos o referencias que solamente un profundo conocedor del sagrado texto puede captar y apreciar en todos sus matices y polícroma variedad: es una espléndida pedrería de altísimos valores.

La *metáfora*, perla de la poesía en todos los tiempos, es el ornato preferente de la poesía árabe. Nuestro vate, saturado como estaba de las esencias que de ésta se exhalan, prodiga largamente las más variadas y audaces, ejercitando a veces —como ocurre en los poetas árabes— la perspicacia y agilidad mental del lector. La poesía modernista que tanto usa y abusa de este recurso ornamental del lenguaje, quizá el de menos quilates, tendría mucho que admirar y aprender en el jardín florido de las metáforas de Ibn ‘Ezra.

Sin *sentimiento* humano, familiar, amoroso, patriótico, cósmico, religioso, de cualquier orden que sea, pero siempre elevado, puro, exquisito, no puede haber verdadera poesía. Este es uno de los méritos relevantes de nuestro poeta, que supo arrancar del salterio decacordo de su alma sentimental y apasionada toda una gama abigarrada de exquisitos sentimientos.

La perfecta adecuación entre *fondo* y *forma* es uno de los requisitos en todo gran poeta, lo que da valor clásico a su obra. Ibn ‘Ezra compite en este aspecto con Yehudá ha-Leví. “Una gracia y especial congruencia entre fondo y forma —dice el Prof. Millás— rige su estilo y lo unge de una belleza, si no magnífica y sublime, sí suave y dulce como una destilación de bálsamos”. En cuanto a la pericia con que domina el idioma y sus infinitos recursos no tiene rival, y en la técnica literaria es un maestro consumado. Ninguno cumplió mejor que él lo que aconsejaba en su *Poética*: para ser excelente poeta, aparte del presupuesto numen e inspiración, “que no adviene al alma, sino que está en ella por naturaleza” —*nascuntur poetae*—, se necesita dominio perfecto de la Gramática, es

decir del idioma en todos sus aspectos, de la Música, hermana y servidora de la Poesía, que endulza las palabras, matiza las ideas y colorea los sentimientos, y de la Métrica, que él llama “balanza de la poesía” y “escala por la que es menester trepar para lograr el lenguaje poético”.

Dieciocho son los *metros* diferentes usados por Mosé ibn ‘Ezra en su Diván profano y el *Sefer ha-‘Anaq* —pocos menos que Horacio, que versificó en veinticuatro—. En las composiciones religiosas, completamente saturadas del espíritu de la poesía bíblica, aunque no acertó a adivinar el ritmo acentual que es el alma de su métrica, y que hacía tantos siglos se había perdido, pues hasta los Masoretas lo ignoraban, sin embargo, a fuer de poeta nato y peritísimo maestro, se acomoda instintivamente a ese ritmo, que ribetea y ornamenta con los subsidios medievales de la rima, estribillos y estrofosismos. Por eso dicen los investigadores y críticos que tales composiciones suelen ser amétricas, es decir que no se ajustan a los moldes del sistema cuantitativo peculiar de la métrica árabe y artificiosamente adoptado en la hebrea medieval.

* * *

Un poeta integral, escriba lo que escriba, siempre seguirá siendo poeta; tal ocurre en las obras en *prosa* de nuestro Ibn ‘Ezra, sobre todo en el *Libro de la discusión y el coloquio*, cuyo contenido, por otra parte, se desarrolla en los rutilantes y amenos pensiles de la poesía. Fue poeta y maestro de poetas, no ya solamente de su generación, sino de varias y podría serlo en algún grado de los de todos los tiempos. Su libro es un *doctrinal poético* lleno de sensatez y buen gusto, cualidades primordiales en toda obra didáctica. Muchos de sus preceptos y reglas, ya procedan de la *Poética* de Aristóteles, en que se inspira largamente, ya de otras fuentes, o bien de la propia experiencia y saber del autor, son de los que jamás prescribirán mientras exista el buen gusto literario y se rinda culto a la auténtica belleza poética. Leyendo sus enseñanzas y sentencias, a través de las voces irisadas de los preceptistas y poetas árabes, elegantes como oropéndolas, se percibe a cada paso la voz solemne y profunda de Aristóteles, también la de su maestro el divino Platón; y aun a veces parece sentirse el tono sugestivo del refinado poeta de Venusa o del sesudo Quintiliano, o incluso la dicción chispeante del académico Boileau o el magisterio de los posteriores preceptistas hispanos. Es como una sinfonía didáctica, densa y evocadora.

Pero el libro de *Poética hebrea* no es solamente una preceptiva ni una antología de frases y versos memorables: es también *historia de los poe-*

tas y otros escritores hipano-judíos, desde que alboreó el florecimiento de las letras hebraicas en la Península bajo los auspicios de Hasday ben Saprut, el culto y poderoso ministro de Abderrahmán III, fundador del Califato, hasta la época misma del autor, es decir, algo menos de dos siglos. La generosidad de ánimo de Ibn 'Ezra, no satisfecha con su magisterio sobre los coetáneos y futuros poetas, quiso salvar del olvido e insertar en los anales de la inmortalidad a todos los varones conspicuos que habían descollado en el cultivo de la poesía hebraica y de la mano de éstos a algunos otros escritores, "recordando sobriamente los autores que llegaron a los altos estadios, sin hablar de aquellos otros, contemporáneos suyos, que no pudieron alcanzar ilustre prestigio" ¹. Con ese criterio selectivo nos presenta una falange numerosísima de poetas, muchos de ellos solamente por él perpetuados y otros ensalzados en su memoria; el servicio rendido por Ibn 'Ezra a las letras hebraicas con esa reseña histórica es verdaderamente digno de gratitud.

Pero no se limitó al campo de la poesía, hacia el cual sentía preferentemente inclinación, en su afán de honrar la memoria de los grandes hombres, y compuso otro libro, cuyo contenido exacto no conocemos, y que él mismo menciona: el *Tratado de los hombres ilustres en las letras y la nobleza*.

Tal admiración y aprecio sintió Ibn 'Ezra hacia la *filosofía* que, a pesar del entrañable amor que abriga hacia la poesía, sol esplendoroso en el oriente, mediodía y ocaso de su vida, —y de ello hace reiteradas protestas—, estampa esta valiente confesión, que parece más propia de Platón al abandonar en su juventud los lauros poéticos por la sombra del Jardín de Academo: "Después de esto abandoné y dejé la poesía como el ciervo abandona la sombra, porque deseaba consumir los días de mi vida en cosas más convenientes". Bien es verdad que añade —y si él no lo dijera, lo adivinaríamos— "con todo, no dejé por completo de escribir poesías cuando lo requería la necesidad". Esa inclinación a la filosofía se polarizó en la composición de un libro poéticamente titulado *Jardín sobre el sentido metafórico y el propio*, e irradia en las páginas de su Libro de *Poética*, el último probablemente que salió de su pluma.

* * *

Aun hay otro aspecto en Mosé Ibn 'Ezra digno de la mayor atención, y es su labor de *exegeta bíblico*. La Biblia es la llama que ilumina

1. Final de la *Cuestión V* de la *Poética*.

y caldea toda la vida de Israel, sin jamás extinguirse y fuente principal de inspiración de sus más egregios vates a través de todos los siglos. Es también un imán que atrae irresistiblemente; por eso los ingenios más preclaros del judaísmo —al igual que en el cristianismo— se han acercado a la Biblia con ojos ávidos y mente ansiosa de penetrar en sus excelsos misterios. Su labor exegetica ha cristalizado en infinitos comentarios que forman una inmensa Patrología judaica, si es lícito el parangón con la *Patrología cristiana*, griega y latina, ya que en aquélla como en ésta, aunque desde el punto de vista diferentes, pero con múltiples coincidencias esenciales, se pretende la elucidación de la Palabra de Dios.

Pero Mosé ibn 'Ezra se distingue entre todos los exegetas medievales y aun modernos de su estirpe, y podríamos añadir también de los cristianos, en que fija su atención en los valores estético-literarios, cuantiosos e insuperables, que encierran los Libros sagrados, sobre todo en su texto original hebraico.

Es, por lo tanto, el iniciador del método *estético*, alabado y preconizado por algunos, pero apenas seguido hasta hoy: es un campo virgen, lleno de primores y bellezas, que en nada ceden, no ya ante los poetas árabes, sino incluso ante los más eminentes poetas de la antigüedad clásica, considerados por los desconocedores de la Biblia, como arquetipos del bien decir. Y no hablamos de los menos antiguos, porque a la Biblia "han ido a beber su divina inspiración todos los grandes poetas de las regiones occidentales del mundo" (Donoso Cortés). Los numerosos ejemplos escriturísticos, debidamente ordenados y sistematizados, que Ibn 'Ezra aduce en su *Poética hebrea* son en realidad un estupendo muestrario de las bellezas literarias de la Biblia.

El *sentido nacional*, tan patente en toda la literatura bíblica del Antiguo Testamento, sin mengua de su trascendencia ecuménica, se perpetúa en la postbíblica a través de los siglos, hasta desembocar en el moderno sionismo, cuya asombrosa coronación ha sido la restauración de la nacionalidad hebrea en la Tierra de Israel. En cada poeta o escritor presenta peculiares facetas a tenor de su psicología y dotes personales. En las obras de nuestro Ibn 'Ezra es bien notorio, no con la exaltada vehemencia del cantor de las Siónidas, sino más bien con la medida clásica y noble dignidad que es gala de este eximio escritor. Sus poesías son un monumento imperecedero, *aere perennius*, de la lengua hebrea, cuya postergación milenaria como lengua hablada vivamente deplora, y cuya rehabilitación proclama e intenta en su libro de Retórica y Poética. La reseña de los ínclitos poetas, así como su historia, no conservada, de los

restantes hombres ilustres muestra bien a las claras sus entusiasmos y fervores hacia los egregios personajes de su estirpe. Es como un tardío apéndice al panegírico de “los varones gloriosos, que vivieron en el curso de las edades”, que cierra magistralmente el Eclesiástico, el libro de la Sabiduría de Ben Sirá.

* * *

En Mosé ibn ‘Ezra convergen, como en un *centro luminoso*, los saberes de varios mundos de la cultura: el árabe, el hebreo, el griego y aun el latino; es un espíritu multiforme, rico en matices y lleno de atractivo, como hombre y como ingenio. Es un clásico entre los orientales — en el orden de la cultura—, y un oriental cien por cien entre los clásicos.

¿Cómo ha sido *jugado* este grandísimo poeta, historiador y filósofo por los críticos de todos los tiempos? H. Brody, el más experto conocedor de la vida y de las obras de Ibn ‘Ezra escribía en 1934: “Con excepción de la primera y de la última —la de Al-Harizí y la de Halper—, las críticas de sus escritos, principalmente los poéticos, pueden darse de lado. Por lo general son inadecuadas o extravagantes. Cuando no son mera repetición de otras, suelen basarse en unos cuantos poemas seleccionados conforme a criterios distintos del estético”.

El famoso Selomó al-Harizí, último gran prosista hebreo de los siglos medievales, traductor de las Maqamas árabes de Al-Hariri e imitador suyo en su obra original hebrea el *Tahkemoni*, enjuicia así a nuestro escritor: “No hay poesías tan depuradas como las de Mosé ibn ‘Ezra”; y haciendo un juego de palabras, intraducible, con el nombre del poeta y el participio hebreo del verbo que sigue, agrega: “Mosé ibn ‘Ezra *saca* perlas de entre los más bellos pensamientos. La poesía que compuso para los *tahnunim* ² nocturnos es capaz de hacer hablar a los labios de los que duermen. También compuso un *séder* ³ para el día de *Kippur* ⁴, cuyas palabras son más preciosas que un objeto de oro puro”.

Haciéndose eco el Prof. Millás (*Bol. Acad. Esp.* Jun. 1930, p. 423 y ss.), de añejas apreciaciones y recogiendo la rectificación de Bension Halper, y otros autores de nuestros días, decía lo siguiente: “Se reconocía su gran fecundidad poética..., la brillantez de su ingenio, la maestría insuperable con que manejaba la lengua hebrea; pero también se le acu-

2. Oraciones de carácter individual.

3. Orden ritual u oficio litúrgico.

4. Perdón o Expiación.

saba de afectación y artificio. Sin embargo, a los ojos de la crítica de nuestros días ha ganado muy mucho la valoración poética de nuestro Abenezra. Probablemente el más ahincado estudio de sus colecciones poéticas ha reivindicado para nuestro autor las dotes de una gran originalidad e inspiración, de una ternura y profundidad de sentimiento que hasta ahora se le negaba. Seguramente los artificios de composición y métrica de que se valió Abenezra habían dificultado la plena comprensión de sus dotes poéticas". En esos y otros juicios laudatorios abunda asimismo el mismo investigador de las letras hebreas en su obra posterior *La poesía sagrada hebraicoespañola* ⁵.

Es frecuente citar a Mosé ibn 'Ezra el lado de otros dos grandes poetas hebraicoespañoles, Selomó ibn Gabirol y Yehudá-ha-Leví, pero rebajándole casi siempre a un plano algo inferior. Sin embargo, más justo quizá que empeñarse en comparaciones, con frecuencia improcedentes y desacertadas por lo heterogeneo de las mismas, sería en este caso reconocer sencillamente, con Heine, a Mosé ibn Ezra como *uno de los tres astros* de primera magnitud en el firmamento de la poesía hebraicoespañola, junto con los dos mencionados. Hoy procede añadir en esa constelación una *cuarta* estrella, Semuel ha-Naguid (Ibn Nagrella), "primero en el orden cronológico, y también en la maestría técnica y poder creador", según Brody.

Los *elogios* otorgados a nuestro Ibn 'Ezra son de alta calidad. Um-

5. Otro investigador de las letras hebraicoespañolas, Prof. Díez Macho, especializado en el estudio de Mosé ibn 'Ezra y autor de un pulcro y concienzudo librito, *Mosé ibn 'Ezra, como poeta y preceptista* (1953, vol. V de la Biblioteca hebraicoespañola, Inst. "Arias Montano", C. S. I. C.) formula el siguiente juicio, que se nos figura, en parte al menos, excesivamente severo:

"Sus composiciones contienen versos muy bellos, pero es difícil hallar una perfecta desde el principio hasta el fin. Sus poesías religiosas adolecen de falta de variedad. Viendo unas pocas, se han visto todas. Pero estos y otros defectos no le arrebataron la inmortalidad poética. Ibn 'Ezra fué y seguirá siendo uno de los tres mayores poetas de la lírica hebraica, junto con Ibn Gabirol y Yehudá ha-Leví, aunque sin llegar a la talla de esos dos gigantes del estro poético" (p. 90).

El concepto de "perfección" es bastante vago y relativo. ¿A qué poeta o composición podría aplicarse en toda línea? La censurada "falta de variedad" podría discutirse; pero, admitido que así sea, ¿no podría criticarse idéntico defecto a los mismos poetas griegos y aun a los bíblicos?

En la última parte de su juicio sigue a Menéndez Pelayo, que conceptúa a nuestro poeta como "uno de los mayores líricos de la escuela judaico-española, después de Gabirol y Judá Levita" (*Hist. Ideas. Est.* I, p. 361, edic. 1940).

berto Cassuto, tras de ponderar la límpida frescura y elegante armonía de sus versos, no duda en reconocerle como “uno de los primerísimos, o tal vez el primero absolutamente, de los poetas hebreos de la Edad Media”. En efecto, por su dominio de la técnica y riqueza de ornatos literarios se le ha llamado “el poeta de los poetas”.

Al cabo de nueve siglos, su poesía conserva la lozanía de los pensiles arábigo-hebraicos de la antigua Sefarad, y la unción de un fervor religioso que desde el fondo del alma sube hasta el cielo como nube de incienso. En su libro de *Poética* hallarán todavía los amantes del buen gusto literario y cuantos sueñan con “el noble lauro de la eterna fama” por los arduos caminos de la más espiritual entre las bellas artes, así como los escritores en general y hasta los traductores —que bien lo necesitan— principios eternos y normas indeclinables en el arte del bien decir, reflejo del bien pensar.

Por la amplitud y valor relevantes de sus actividades en el campo de las letras, la crítica, la filosofía y la historia es la figura más completa, en el orden estrictamente literario, de toda la grandiosa literatura hebraico-española, que es tanto como decir de la Edad Media occidental, y no vacilaríamos en proclamarle como el más grande literato del hebraísmo medieval.

David Gonzalo Maeso